

ENCAUZAR LA GLOBALIZACIÓN

1. Aspectos analíticos

La globalización es un fenómeno socioeconómico característico de los últimos decenios de la historia de la humanidad. Aunque siempre ha habido una interdependencia entre las unidades culturales de la humanidad, especialmente cuando entran en contacto, la globalización indica la intensidad de este fenómeno, su pluridimensionalidad y la velocidad con que se produce en estos años. Hoy es mucho más difícil aislarse. El ritmo del mercado y la tecnología es tan grande, afecta a tantas áreas geográficas, produce efectos tan a corto plazo y repercute en tantas esferas, que hoy no es posible que una entidad social, una empresa y ni siquiera un individuo se sustraigan a sus efectos.

No existe ningún elemento directamente responsable de la globalización. Los países más avanzados y poderosos, como es natural, producen efectos “más globales” en todo el mundo, simplemente siguiendo su propia dinámica, aunque no deseen interferir en otros. Pero algo semejante ocurre con naciones muy vastas o con las grandes unidades continentales o subcontinentales, como África, el Sudeste asiático o Latinoamérica. El fenómeno empieza a ser notorio desde la segunda mitad del siglo XIX, es decir, con la modernización del mundo presidida por la segunda revolución industrial y por la expansión colonial europea. Desde entonces, muchos eventos culturales, que en otras épocas habrían sido locales, o habrían tardado siglos en repercutir en diversos sectores, tienden a adquirir proporciones mundiales por la misma dinámica de los hechos. Las últimas grandes guerras fueron mundiales. La tecnología tiene un alcance en todo el planeta. La comunicación llega fácilmente a todas partes. La economía de mercado crea intereses en todos los países. Las religiones mundiales están presentes en todas partes y afectan a los encuentros y tensiones culturales en la actual sociedad pluricultural. Con los problemas ecológicos a escala mundial, vivimos con una conciencia “preocupada” de habitar un planeta como morada propia de la humanidad y no sólo en una comarca.

Me parece exacto, por tanto, afirmar que hoy vivimos un momento epocal de globalización como nota característica, aunque no exclusiva. Preciso su sentido amplio, no puramente económico: la globalización indica, en mi opinión, la interdependencia de sectores sociales en casi todos los niveles y a escala mundial. El mundo no es un conjunto de islas que a lo más podrían confederarse, como se pensaba en otros tiempos, sino que es algo que tiende a parecerse más a un organismo, tanto para el bien como para el mal.

En otros periodos históricos, la globalización fue ocasionada por la expansión de los grandes imperios. Son ellos los que más han contribuido a globalizar al mundo, al menos como instrumentos políticos y militares, aparte de los factores económicos y sociales (movimientos de poblaciones, aspectos religiosos). Europa es heredera del Imperio romano y del Cristianismo, con la incidencia también global de las invasiones bárbaras. A su vez Occidente, con su extensión en América, es heredero de Europa. Y el resto del mundo, es decir, principalmente África y una buena parte de Asia, se occidentaliza en diverso grado por obra de los imperios coloniales europeos del siglo XIX.

Hoy la globalización mundial no es la de un imperio. La última gran globalización imperial en sentido estricto fue la del imperio británico, que tiene su momento fulgurante en la segunda mitad del siglo XIX. Es la única época en que Europa dominaba al mundo. Hoy prevalece en el planeta una superpotencia, pero los Estados Unidos no son realmente un imperio, aunque a veces se les califique así de modo metafórico. El poder americano está en la economía, no en un proyecto político de dominación, aunque de aquí se siguen muchas consecuencias políticas y militares. Al mismo tiempo, la ingerencia política americana en otros países, aunque pueda tener errores y esté condicionada por intereses propios, se debe a un inevitable sentido de “responsabilidad global”, que necesariamente lleva a preocuparse por todo lo que sucede en el mundo. Es natural que esto suceda en una superpotencia mundial, que de este modo se ve urgida ante la alternativa “intervencionista” o “aislacionista”, con el riesgo de aparecer “interesada” o “indiferente” ante los demás (esta disyuntiva se aplica también a los grandes países, especialmente europeos).

Por tanto, la globalización tiene un signo especial, en el que nos interesa indagar para tomar conciencia de nuestra situación y así contribuir a dirigirla hacia lo mejor. El análisis que estoy haciendo no es sociológico ni político, sino filosófico. Asumo el concepto de globalización como un modo, entre otros, para comprender el momento histórico en que vivimos y para reflexionar desde el punto de vista de la filosofía de la historia.

La globalización en estos momentos tiene un sesgo principalmente económico. La dimensión económica siempre fue relevante, pero ahora es preponderante. No era así en otras épocas. Los fenómenos globalizadores han tenido contenidos potencialmente universales, de los que los imperios fueron vehículo. Así sucede con la cultura grecorromana, el cristianismo, la ciencia moderna, la democracia y sus valores, la economía liberal, el iluminismo, la tecnología. En el siglo XX, tras la caída de los imperios coloniales mundiales, los grandes fenómenos globales fueron principalmente políticos (no de modo exclusivo: pensemos en la depresión del 29 o en las repercusiones mundiales de la medicina y la tecnociencia). El siglo

XX es el siglo de los grandes totalitarismos, el nazista y el comunista. Sus variaciones moderadas se plantearon como alternativas a la democracia liberal (fascismos, socialismos) y fueron menos significativas a gran escala. El nazismo y el comunismo encarnaron por largos decenios, por su enorme grado de inhumanismo, la “esencia del mal”, y así el mundo “libre” que hoy vemos triunfante vivió de modo globalizado y muy polarizado la experiencia de una lucha planetaria contra las “potencias del mal”. Una evidencia de esta situación es el último libro publicado en vida de Juan Pablo II, *Memoria e identidad*, que afronta esta tremenda realidad desde la perspectiva metafísica y teológica de la providencia divina.

Ahora ya no estamos globalizados de este modo. Esos grandes males se desvanecieron como humo (aunque no totalmente), y así nos quedó un mundo en el que la globalización siguió avanzando casi sin proyecto, por fuerza de la economía y la tecnología. Mientras la desaparición de los imperios (“blandos” o “duros”) suscitó, sin quererlo, momentos de caos, también bélicos, debidos a la mentalidad nacionalista que lleva a infinitos enfrentamientos y apasionamientos de alcance local, la globalización tecno-económica produjo, en cambio, el fenómeno global de la mayor separación entre los países avanzados y los países en continua crisis, en miseria o al borde de la miseria, que inevitablemente “dependen” de las intervenciones (o no intervenciones) de los primeros, de cualquier signo que sean. Ésta es la misma dinámica promovida por las anteriores revoluciones industriales, sólo que ahora es más vistosa, más universal y, sobre todo, deja a los países del bienestar en una situación de conciencia moral inquieta.

La globalización, además, tiene actualmente un alcance ecológico, como ya hice notar al principio. Aunque siempre hemos de tener en cuenta el factor ecológico en su globalidad, y no sólo en nuestro micro ambiente, las intervenciones industriales y bélicas a gran escala, y hoy biotécnicas, producen efectos en el ecosistema de la tierra que pueden ser irreversibles. Es éste un nuevo elemento que se ha de añadir a la mundialización de nuestras perspectivas y que, naturalmente, está entrelazado con los dinamismos económicos y políticos de los países. La globalización es, por tanto, a la vez socioeconómica y ecológica. Ella supone así un momento único de la historia de la humanidad, hacia el que muchos elementos convergen, y que es independiente de nuestras opciones.

Para acabar este análisis, quisiera señalar ahora el elemento cognitivo. Una de las características de la globalización es que *la conocemos*, gracias a la comunicación mundial, que nos da un sentido de simultaneidad de todo lo que sucede en el mundo. La globalización se puede simplemente padecer, en el sentido de que ordinariamente no somos sus agentes principales. La podemos también padecer como algo peyorativo, si somos una parte del

organismo mundial a la que “le toca sufrir” sus consecuencias negativas, como sucede en los que viven en áreas desventajadas del planeta. Pero también podemos conocerla, lo que puede ayudar a comprender su sentido y a trabajar para encauzarla. En las personas situadas en puestos altos en la sociedad, la conciencia de globalización genera una responsabilidad ética. Para eso hay que desplegar una mirada desinteresada al conjunto, que no se detenga en nuestros localismos, por legítimos que sean, sino que mire al bien común de la humanidad. Y aquí entra una especial responsabilidad de los que se dedican a la filosofía. *Los filósofos podemos contribuir a que la conciencia de globalización sea más adecuada.* Para esto no basta saber que estamos globalizados. Nos interesa conocer las dimensiones en que este fenómeno se juega, por ejemplo, si son puramente económicas, o si en cambio son principalmente morales.

Antes de pasar adelante, quisiera atenuar un poco lo que acabo de decir sobre nuestra conciencia de globalización. Por desgracia, no siempre es verdad que hoy la conocemos con claridad. La captamos fácilmente si nos toca padecerla negativamente. Aun así, podríamos quedarnos en una visión demasiado local. Los medios de comunicación, por universales que pretendan ser, muchas veces nos informan unilateralmente por motivos ideológicos incluso inconscientes, o también nos hablan de lo que nos interesa en cuanto miembros de una comunidad nacional concreta, como empezó a ser más preponderante desde la caída del muro. Ciertamente “postmoderno” hasta puede hacernos perder el interés por lo que no nos atañe directamente. La línea marcada por la globalización, en cambio, debería llevarnos a seguir con atención y responsabilidad lo que está sucediendo en el mundo a nivel de continentes y no sólo en la economía. Esto es lo decisivo a largo plazo. El mundo ya no está dividido en los bloques “libre” y “soviético”, ni en grandes y pequeñas potencias, sino que está constituido por las grandes unidades continentales en interacción, como son Europa, Asia, África, Estados Unidos y Latinoamérica (dentro de Asia y África hay subunidades globales no desdeñables). Su interdinamismo es la plataforma de análisis del actual mundo globalizado.

2. Propuestas

Voy a pasar ahora a la parte propositiva de mi comunicación. La globalización, como todos sabemos, es un proceso dinámico sometido a tensiones y contradicciones. Se discute la dirección mundial de la economía ejercida por los países más industrializados, la desatención con que son tratados los intereses de los países pobres, el intervencionismo bélico que mira a instaurar un orden violado, pero a la vez soslaya los problemas que motivan los desórdenes

locales, y tantos aspectos semejantes. Como es obvio, me estoy refiriendo a puntos sostenidos por los movimientos antiglobalización. En sus críticas a los modelos económicos neoliberales y a la tecnologización poco ecologista, los antiglobalistas parecen asumir que la globalización equivale, a fin de cuentas, a la occidentalización y quizá a la americanización del mundo, propuesta como el mejor modelo para ir en la línea del progreso. En algún sentido esta equivalencia es verdadera. La globalización, aun afectando a todas las culturas, es un fenómeno de interdependencia cuyo elemento dominante es la modernidad occidental, que aparece a los ojos de los antiglobalistas como avasalladora de las diferencias culturales, de la riqueza de la tierra, y como responsable de la depauperación de una gran parte del mundo más allá de lo que se podría haber evitado actuando con otros criterios.

El atentado a las torres gemelas y la amenaza del terrorismo fundamentalista islámico o de otra filiación ideológica, con el uso de armas de destrucción masiva, es otro fenómeno de globalización, a causa de su escala mundial, que reacciona en este caso contra la globalización entendida como occidentalización. Su efecto ha sido una polarización global, sobre todo en Estados Unidos, en la actitud de defensa y agresión preventiva militar como prioridad, que quizá atenuó la fuerza que los movimientos antiglobalizantes tuvieron a inicios del milenio.

Lo que ahora me interesa señalar es que, tanto en el terrorismo mundial como en la antiglobalización radical, nos encontramos con una postura “antioccidental”. Esta postura adquiere proporciones notables en la cultura mundial islámica, difundida en numerosas naciones (a veces con rasgos “fundamentalistas”), como un modo teocrático concreto de construir la sociedad que excluye no sólo la difusión de otras religiones, sino de muchos valores culturales que en Occidente se consideran esenciales. Estos valores, por otra parte, no son tan nítidos ni estables en los países occidentales, que como sabemos están sometidos a un proceso de relativización ética que los vuelve vulnerables y pobres espiritualmente (pensemos, por ejemplo, en la disolución del concepto de familia y matrimonio en muchos países occidentales, y en el desprecio de la vida y de los derechos de la persona). La crisis de valores espirituales obliga a contar principalmente con los aspectos materiales de la cultura (tecnología y economía), que pasan así a ser las prioridades que gobiernan la vida social. Y eso mismo, como en un peligroso círculo vicioso, estimula las reacciones antioccidentales, que no por eso están dotadas necesariamente de genuinos valores.

Este elemento introduce una especial tensión en nuestro mundo globalizado, que tendrá serias repercusiones en el futuro. La globalización es universalista, pero empobrecedora en valores morales. Surgen así con más fuerza los “fundamentalismos” religioso-culturales que

buscan defender una identidad cultural amenazada “cerrando las fronteras” a la libertad, sobre todo a la libertad religiosa, pues en la religión se advierte el factor nucleante de los valores que se quieren proteger. Y así la religión se vuelve un elemento decisivo y muy delicado en las tensiones del futuro “globalizado” del planeta.

A la vista de esta problemática, me parece que las soluciones propuestas se ubican especialmente en dos grandes extremos:

a) Los que llamaría *antioccidentales* no le ven salida a la globalización, que es juzgada negativamente, como un proceso abocado a contradicciones insolubles, a destrucciones de valores arcanos y diferenciales, a injusticias insalvables e, incluso, a su propia autodestrucción. El denominador común de estas posiciones es el pesimismo y la condena de Occidente, que al ser promotor de globalizaciones “mesiánicas”, por la vía del capitalismo y la tecnología, estaría llevando el mundo a una opresión insoportable que acabaría con explosiones rebeldes, en las que el terrorismo, si no se justifica, por lo menos “se comprende” como reacción *in extremis* de los que ya no tienen nada que perder. Actitudes teoréticas de la filosofía cercanas a cuanto he dicho podrían ser, con matices, las de Nietzsche, las deconstrucciones postmodernas, incluso la visión sombría de la técnica del último Heidegger, o la condena del supuesto nihilismo occidental del filósofo italiano Severino. El movimiento del 68 habría sido una muestra fallida de esta reacción ante las estructuras opresivas del Occidente racionalista. El antiglobalismo contemporáneo y el ecologismo “profundo” son la continuación, dentro de Occidente, de estas corrientes de la contra-cultura y anti-ciencia. Esto daría pie, en versiones no occidentales, a los fundamentalismos religioso-culturales que se cierran en sí mismos y pretenden protegerse de las contaminaciones occidentales, para vivir a fondo sus propios valores, muchas veces en contra de un cristianismo visto como aliado de Occidente. La inmunidad de estos fundamentalismos ante los valores libertarios alcanzados por los occidentales pueden llevarles a tremendas violaciones de derechos humanos, cuyo ejemplo máximo fue el totalitarismo talibán. A veces, esta clausura en los valores tradicionales puede alimentar formas de nacionalismo cultural que se alimenta a sí mismo en su rechazo de factores exógenos (salvo quizá la tecnología y algunas formas económicas controladas).

b) En el extremo opuesto se colocan los que llamaría *neoiluministas*. Éstos querrían solucionar los problemas de la globalización apelando a la razón universal sin contenidos dogmáticos. El problema del poderoso Occidente (en lo material) es su debilitamiento moral. La desaparición de los valores tradicionales cristianos y de las convicciones morales fundadas en una visión metafísica produce un desarraigo de principios que transforma el poderío

económico y tecnológico en un fin en sí mismo, en realidad al servicio de intereses particulares de los poderosos, preparados para las guerras y la represión cuando esos intereses están amenazados. Ante este peligro, surge hoy un neoiluminismo juricista e internacionalista que busca criterios de posibles consensos en el marco de una nueva ética formal, que algunos han llamado *ética global*, lo que sería un paradigma para toda la humanidad por encima de las diferencias éticas materiales y de los particularismos religiosos. Estos intentos buscan una moralización capaz de reparar las injusticias de una globalización descontrolada. Pero como pretenden aunar a todos bajo el dictado de códigos universales obtenidos por consenso dialogante, no pueden dejar de dar la impresión de que acaban abocados a una excesiva abstracción y a la utopía. Y desaniman cuando el formalismo en el que desean colocarse, para evitar todo “fundamentalismo”, es incapaz de evitar la erosión moral que supone la ausencia de una ética “material” (es decir, con contenidos) en cuestiones esenciales como son la vida, el matrimonio y la familia. En los casos más radicalizados, el neoiluminismo llega a transformarse en una militancia antirreligiosa, que ve en toda manifestación religiosa externa un atentado contra la libertad y una posible fuente de unilateralismo dogmático. Es entonces cuando se cae en lo que el Papa Benedicto XVI, en sus últimas jornadas como cardenal Ratzinger, denominó “dictadura del relativismo”.

Es posible que los esfuerzos neoiluministas lleguen a tener algún resultado positivo a nivel jurídico mundial. Pero en cualquier caso, la solución de los problemas provocados por la globalización, que en sí misma es positiva, en mi opinión no reposa *principalmente* en el plano institucional y jurídico. Podrá ser útil que en el futuro la ONU tenga más peso en los problemas mundiales y que las grandes instituciones económicas se humanicen. Pero esto no basta. La solución viable, en mi opinión, está en la línea de lo que ya fue dicho por Juan Pablo II al tratar de la globalización. Se trata de apuntar a una visión ética “material” (es decir, no kantiana), que ponga en primer lugar la dignidad de la *persona* y la inviolabilidad de sus derechos, entre los cuales los primeros son la vida, la familia y la libertad religiosa. La globalización adquirirá un rostro más humano cuando *esto sea lo prioritario* y no el provecho económico y la tecnología vistos como un fin absoluto que remediaría todos los males. Las tensiones disminuirán cuando los hombres aprendan a convivir en el respeto de las opciones religiosas y al mismo tiempo con la exigencia de salvaguardar lo esencial de la vida ética. No entro aquí en la cuestión de hasta qué punto esto debería ser urgente por las leyes. Pero es obvio que, si ciertos valores morales concretos no son efectivamente vividos, los dinamismos sociales se vuelven perversos.

No tengo espacio en esta comunicación para prolongarme en este punto conclusivo, que queda sólo apuntado. En definitiva, propongo asumir la globalización como un momento positivo de la historia de la humanidad y tratar de encauzarla de un modo moral profundo, para el que el neoiluminismo no basta. Sólo así podremos situarnos en un justo equilibrio, evitando los extremos de la debilidad moral de la modernidad occidental y de los fundamentalismos coactivos que no la soportan. La primera no es capaz de frenar las consecuencias negativas de la globalización. Los segundos desean destruirla, o quizá impondrían una “globalización” en la que estaría ausente la libertad.

Juan José Sanguinetti